



por Antonio MERINO MADRID,
Cronista Oficial de Añora

Las cruces por promesa

Uno de los aspectos rituales de la fiesta de la Cruz de Añora que ha desaparecido ya totalmente de la celebración tradicional es el de las "cruces por promesa". Se trata de un elemento de carácter devocional que durante mucho tiempo ayudó eficazmente al mantenimiento de la fiesta, en una época en la que aún no existían los premios instituidos por el Ayuntamiento ni la celebración gozaba de la atracción turística que ha conseguido en las últimas décadas, sino que el rito se refugiaba todavía en un ámbito más íntimo y familiar.

Las promesas son una respuesta religiosa y cultural frente a aquellos acontecimientos vitales que el hombre no puede dominar con su propia fuerza o conocimiento. La enfermedad, la muerte o los accidentes son manifestaciones cotidianas que el ser humano intenta manipular con propuestas de carácter sobrenatural, ofreciendo un presente a la

divinidad a cambio de un beneficio personal o colectivo. El mecanismo, si acaso no resultara eficaz del todo, al menos contribuye a calmar la ansiedad del sujeto que, en momentos de gran angustia a causa de la desgracia inminente, se siente incapaz de hacer frente de un modo más racional a los imprevistos de la naturaleza. Se trata de una forma común de religiosidad popular que se expresa a través de multitud de acciones, unas veces de modo privado y otras públicamente, y que adquiere formas tan diversas como los exvotos que cuelgan en muchas iglesias y ermitas o la promesa de asistir a procesiones, peregrinar a lugares sagrados, vestir hábitos religiosos, entregar donaciones pecuniarias o... vestir cruces.

Las promesas que culminaban vistiendo una cruz tenían muy diversa naturaleza. Las había de carácter militar: que mi hijo vuelva sano y salvo de la mili, o ►

◀ del frente, que le toque un buen destino. De lucha contra enfermedades existentes: que a mi madre se le curen las dolencias de vesícula, que mi sobrino supere estas fiebres. Preventivas: que mi niño nazca bien, que mi hermana apruebe los exámenes. Propiciatorias: que me quede embarazada, que haya buena cosecha de garbanzos, que a mi primo le salga novia. Las necesidades económicas, la falta de trabajo, la incertidumbre frente a acontecimientos de promoción personal o cambio de estado, como bodas o destinos laborales, impulsaban también a los fieles a formular promesas. Las catástrofes naturales (sequías, plagas de langosta, inundaciones) podían ser igualmente motivo de promesas, aunque

Desde luego, las cruces de aquel tiempo no habían adquirido todavía el virtuosismo artístico actual, donde el trabajo artesanal con materiales delicados ha alcanzado cotas de pura admiración. Todavía predominaban entonces los adornos vegetales: ramos de flores naturales (claveles y gladiolos especialmente) colocados sobre pedestales en hermosos jarrones de plata flanqueando la cruz, macetas de helechos, pilistras, cintas o esparragueras *finas*, combinados con grandes pañuelos y mantones de manila armoniosamente dispuestos en la decoración de las paredes. El suelo solía cubrirse totalmente de hierbas olorosas, principalmente poleo y manzanilla, y no era infrecuente que sobre él se



en estos casos solían resolverse en un ámbito más colectivo (procesiones, novenarios, votos, etc.). Los destinatarios de las promesas solían ser los santos de devoción local y las Vírgenes patronas de cada pueblo, pero en Añora era también frecuente dirigir las peticiones al objeto más venerado en su principal fiesta. “Si se cumple lo que pido, este año vestiremos una cruz”. Vestir la cruz sería la materialización de la promesa ante el favor cumplido. El sacrificio que se ofrece a cambio del bien recibido. Todo ello bajo una interpretación de la adversidad humana en términos creenciales.

Las cruces por promesa solían vestirse en el propio domicilio del demandante y era frecuente que todos los objetos y materiales utilizados en ellas procedieran de la propia casa o de la familia más cercana. Por lo general, no se requería ayuda ajena, sino que los propios implicados se encargaban de todas las operaciones de ornamentación, a veces incluso una persona sola era la responsable de todo el trabajo. En estas cruces era habitual que solo la familia se encargara de velar la cruz durante toda la noche. Se quería dar al cumplimiento de la promesa un carácter íntimo y recogido, ajeno en parte al folklore y bullicio que invadía las cruces que no obedecían a esta motivación.

colocaran nidos de pájaros auténticos con sus huevos o manojos de espigas secas o recién cortadas, alegorías rurales que marcaban una mayor vinculación de la fiesta con sus presumibles orígenes paganos. Los llamados “santos de bulto” (imágenes del Corazón de Jesús, de la Inmaculada, de santos o ángeles) y hasta animales disecados también formaban parte de la decoración, presentando el conjunto un aspecto muy diferente a las cruces de la actualidad.

Las cruces por promesa desaparecieron entre finales de los años 70 y principios de los 80 del siglo pasado, coincidiendo con una mayor secularización de la fiesta (en el contexto de una progresiva pérdida de los valores religiosos que se fue operando en la sociedad española) y de acuerdo también con la paulatina conversión de la tradición crucera en fenómeno identitario local y en un poderoso reclamo turístico. En la desaparición de las cruces por promesa influyó también notablemente el nivel de excelencia alcanzado en el montaje y presentación de las cruces convencionales protagonistas de la fiesta, que habían logrado ya una altura de elaboración ornamental inalcanzable para una persona sola o para el reducido grupo familiar al que, por su propia naturaleza, estaba reservado la confección de las cruces por promesa.